



PEDRO Y JUAN

Mesa Redonda del VII EFCSM 2012

Francisco Javier Espigares

© 2012. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

PEDRO Y JUAN

Tomamos estas reflexiones sobre Juan y Pedro de algunos escritos¹ de Adrienne al respecto y traducidos por ahora para uso privado todavía. Empezamos con una historia real muy conocida que puede ilustrar de una forma sencilla y visual lo que significarán Juan y Pedro para Adrienne. A Bernardita Soubirous, una jovencita del sur de Francia, hace siglo y medio se le apareció una señora en una gruta en Lourdes. Bernardita tuvo allí grandes revelaciones y experimentó con mucha fuerza la cercanía de Dios a través de la protección maternal de aquella mujer que resultó ser la Virgen María. La joven niña descubrió vivamente que Dios quería la conversión de los pecadores y la salud de los enfermos. Ella sintió allí un amor inmenso, un amor tan fuerte hasta desoír a las autoridades del pueblo y a sus mismos padres que, sin entender lo que estaba ocurriendo, llegaron a prohibirle que se acercara a la gruta. Ella acudía a la cita con la Virgen María porque allí estaba manifestándose un gran amor de Dios, a través de su Madre, por toda la humanidad, especialmente la más sufriente. Ese amor infinito de Bernardita podríamos asemejarlo, salvando las distancias, al amor en el discípulo amado Juan. Sigamos con el ejemplo. En estas revelaciones llega un momento en que la Virgen María le pide a Bernardita que hable con el sacerdote de su pueblo para pedirle que en la gruta se construya un santuario donde se dé culto a Dios, se pida por la salud de los enfermos y por la conversión de los pecadores. El sacerdote de su pueblo no creía en esas revelaciones un poco raras de una niña. Cosas de críos. Pero dada la insistencia de la niña el sacerdote le pide a la niña que le pregunte a esa mujer quién es. El sacerdote quiere examinar, quiere verificar los hechos porque la Iglesia va a asumir algo y tiene que darle una palabra autorizada. Ahí está el servicio tan importante que ejerce ese sacerdote como ministerio. La niña le pregunta la identidad a aquella mujer que responde: Soy la inmaculada Concepción. La niña va corriendo a decírselo al sacerdote repitiendo durante todo el camino esas palabras porque nunca hasta ahora las había oído y podían olvidárseles. Llega allí exhausta, harta de correr y dice jadeando: Soy la Inmaculada Concepción. El cura, extrañado, le hace repetir varias veces esas palabras. Él se queda contrariado, a la vez que admirado, pues hacía dos años que se había proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción y esa niña ni tenía estudios ni todavía ese dogma se había difundido por aquellos sitios. Para aquel sacerdote fue la prueba determinante de que aquella señora era la Virgen María. Y de estar un poco receloso y en contra, fue él mismo el que apoyó y el que hizo que todo ese movimiento se generara. Este sacerdote sería, salvando las distancias del ejemplo, Pedro, el de ministerio.

¿Qué es lo que acontece allí? Un amor que parecía “privado”, inmenso – sí, porque venía de Dios, pero sin dejar de ser una revelación particular a una niña - de pronto, cuando entra el ministerio de la Iglesia se convierte en un amor católico al que todos están llamados. Lo primero que hay que subrayar es que ese amor reclama el ministerio, no se separa nunca del ministerio, ese amor reclama la presencia de la Iglesia ahí, porque es un amor que viene de Dios y quiere llegar a todos los hombres. Lo segundo es ver cómo el ministerio de ese sacerdote examina, cuestiona y, así, descubre que eso viene de Dios y, por lo tanto, debe tener la autoridad de la Iglesia. Lo particular entra en la plenitud eclesial y aquella cosa que era de una niña se convierte en cosa de millones de personas que han ido y seguirán yendo a Lourdes, encontrando a Dios y recibiendo la salud y la fe porque Dios ha querido que la Iglesia como tal asuma un evento suyo. Pues bien, ese ejemplo tan sencillo es lo que ocurre en Juan y en Pedro. Juan representa el amor y Pedro representa el ministerio.

Juan es el discípulo amado y así es nombrado en numerosas ocasiones. Él es quien reclina su cabeza en el pecho del Señor en la última cena² y el que, sin miedo, le pregunta por el traidor. Juan se

¹ Comentario de Juan Vol. IV, El nacimiento de la Iglesia: *Pedro y Juan; Es el Señor; Juan el testigo; Los discípulos en el sepulcro.*

² Jn 13, 21-26.

interesa por aquel que ama. Juan es el que habla del mandamiento nuevo en su evangelio³. En las siete cartas del Apocalipsis, la dirigida a Éfeso, habla del amor primero⁴. Juan vive en Dios. En Él encuentra un amor inmenso. Ese amor le lleva a tener las cosas muy claras. *El que no tiene amor*, dice Adrienne, *pierde mucho tiempo*. Y el que tiene amor, como Juan, descubre las cosas al momento. Juan es el que está situado en Dios, en el centro de Dios. De hecho, la definición más grande de Dios la tenemos en la primera carta de san Juan: *Dios es amor*⁵.

Como Juan está ahí, en Dios, puede ayudar a Pedro a realizar su ministerio en la Iglesia, la misión de amplificar el amor y ordenarlo rectamente en todos los hombres. Veamos, pues, algún comentario de Adrienne al respecto en algunos textos bíblicos:

- Jn 20, 1-10: *Los discípulos en el sepulcro*. María Magdalena se acerca a Juan y Pedro. Les habla alarmada del sepulcro vacío. Los dos salen corriendo. Juan corre más rápido. En esto ve Adrienne que el amor en la Iglesia va siempre más rápido que el ministerio. Éste, por mucho que quiera correr, nunca irá tan rápido como el amor. Juan llega al sepulcro, se inclina y ve las vendas y cree. Para Juan no hay duda: el Señor ha resucitado. Pero Juan no entra primero al sepulcro, da la primacía a Pedro, que es el primado, al cual le dijo el Señor: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*⁶. Y entonces Pedro entra al sepulcro. Pero ¿cómo entra Pedro? No se fija, como Juan, sólo un poco. Examina, como el cura de Lourdes: *y vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte*. Comenta Adrienne que ese examen que hace la Iglesia es necesario porque lo que Juan, el del amor, ha visto lo puede comunicar solamente a aquellos que tienen el amor. Pero Pedro tiene que comunicar la noticia de la Resurrección no sólo a los que tienen el amor sino a los que no lo tienen, incluso a esos alejados de los que se hablaba en esta mañana. Por lo tanto, tiene que examinar, tiene que hacer un juicio más exhaustivo. Sólo cuando entra Pedro, que ve, examina y da su autoridad, entonces ya entra el discípulo que había llegado primero: *vio y creyó*. Es decir, Juan no cree sólo por su propia fe sino cree por la fe de Pedro. Comenta Adrienne: ya es una fe eclesial, autorizada por la Iglesia. Por lo tanto, una fe en la comunión de la Iglesia.

- Jn 21, 7: *Es el Señor*. Pero el amor no sólo va más rápido, sino que ve más rápido. Hay otra escena que comenta Adrienne cuando está Jesús en la orilla y los discípulos en la barca. Ya había resucitado el Señor. Y dice Juan: *Es el Señor*. De lejos ve al Señor. Juan distingue de lejos desde la barca la presencia del Señor en la orilla. Todo el que tiene, como Juan, el amor, sabe muy bien dónde está el Señor. Por eso la presencia eucarística para san Juan es tan fundamental. También puede decir ante el Corpus Christi: *Es el Señor*. El que está cerca de nosotros es el Señor. Y eso lo tiene Juan porque tiene el amor y el amor conoce la presencia. Pero se lo dice de nuevo a Pedro, el del ministerio, y éste es el que se lanza desde el barco al agua. Como primado tiene que ir primero. Él tiene la primacía para poder llevar a toda la comunidad al Señor. Se tira con sus vestidos. Sería más fácil ir desnudo, pero Pedro se viste para ver al Señor. Va con su ministerio que en la Iglesia conllevará lo ceremonial, lo oficial, todo lo que es la solemnidad. Y Pedro como primado, revestido de su autoridad, se encuentra con el Señor. Así, Pedro es el que entra primero al sepulcro, el que se lanza a ver al Señor, el que recoge los ciento cincuenta y tres pescados del barco. Él es el primado que ha recibido del Señor ese ministerio de cuidar su Iglesia.

³ Jn 13, 34-35.

⁴ Ap. 2, 4.

⁵ 1 Jn. 4, 8.

⁶ Mt. 16, 18.

- Jn 21, 21: *Cuando él lo vio, dijo Pedro a Jesús: Señor, ¿éste qué?* Esto ya es otra escena que comenta Adrienne cuando Jesús le da el primado a Pedro y le habla de su final: *cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras*⁷. Pedro ya sabe su destino y quiere saber del destino de Juan puesto que tiene la visión y la misión de la totalidad y Juan ya entra como uno que está dentro de la Iglesia que Pedro tiene que cuidar. De nuevo el ministerio, Pedro, preguntando al amor, el Señor. Y cuando no está el Señor a Juan.

Juan también es sacerdote y también es ministro. Él no es solamente amor sino un amor que se ha hecho ministerio. Él vive el amor de una forma comunitaria con la Virgen María. Con ella, dice Adrienne, hace una comunidad de fe tan grande, tan eucarística que se convierte para todos los cristianos en la posibilidad real de vivir el mandamiento nuevo. Éste no queda ya como una abstracción en el aire: *amaos unos a otros*⁸. Sino que eso puede ser real. Y María lo ha vivido con Juan y Juan lo ha vivido con María. Es una posibilidad real de que nosotros podamos vivir de esa misma manera. Juan es ministro y, además, está siempre cerca de Pedro porque sabe que en el ministerio el amor es conducido y ordenado. He aquí otra clave fundamental: que la Iglesia ordena el amor y conduce al amor más grande posible y lo hace con una serie de normas, ritos, reglas, mandatos, tanto en los monasterios como en el resto de la vida de la Iglesia, en todos los estados de la vida del cristiano. El Señor mismo ha instituido los sacramentos dentro de la Iglesia. Esto es algo ministerial. Y mediante ellos nos llega de una forma ordenada, objetiva e inmensa, el amor de Dios. Sí, en nuestro mundo el amor debe ser ordenado porque existe el pecado que lo desordena y acaba destruyéndolo. Si no existiese el mal y la tentación no haría falta esas normas y reglas, esos mandamientos de la Iglesia. Pero porque el pecado existe se hace preciso que el ministerio lo ordene. Esta es una gran labor del ministerio dentro de la Iglesia.

Adrienne dice: *Dios y la Iglesia no son lo mismo, se comportan por así decirlo como el alma y el cuerpo en su relación mutua y viva. Y mientras Pedro está dentro del cuerpo de la Iglesia, Juan ha de vivir en el amor con Dios. Los dos en su lugar asignado. Someterse a Dios es una obra del amor, dejar en segundo lugar lo personal a favor de lo general en la Iglesia es igualmente obra del amor.* Esto de dejar lo personal lo subraya con mucha fuerza. Ella dice que dentro de la Iglesia hay un amor personal, grande y subjetivo de cada uno. Pero ese amor debe de entrar en el ministerio donde se vuelve anónimo. Nuestro amor particular entra en el Amor eclesial que lo purifica y lo eleva engrandeciéndolo sobremanera. Nuestro amor entra en el Amor de la Esposa de Cristo que es la Iglesia. Nuestro amor se hace anónimo. Lo importante no es el yo particular de quien sale sino la plenitud del amor eclesial en el que entra. Lo importante es que Dios está amándonos y es amado. Lo importante que es que nuestra capacidad de amar es conducida por Otro y es aplicada a otros. Una vez realizada esta “despersonalización” del amor, una vez convertido en amor ministerial la Iglesia requerirá la forma personal de amar de cada uno para el ejercicio de su ministerio. Un ejemplo: Dios te llama para sacerdote, y ya eres un cura como todos los demás curas, o te llama para casada y ya eres como todas las demás casadas, o eres una virgen como todas las demás vírgenes, o una religiosa como todas las otras hasta con el mismo hábito. Entrás en unas condiciones de vida muy parecidas a las de otros. Para entrar en esos estados de vida del cristiano que son tan maravillosos cada uno ha tenido que morir a su subjetividad, a su modo de pensar y actuar, asumir las reglas de vida, perderse en el anonimato de la riqueza de la Iglesia para entrar en la plenitud del amor eclesial. Sólo entonces aparecerán nuevas luces personales que Dios dará a cada uno como don para los demás. Así, lo que es pequeño, como lo de Bernardita Soubirous en la gruta, al entrar ya en la plenitud del amor

⁷ Jn. 21, 18

⁸ Jn. 13, 34

eclesial, irradia a todos y de una forma más fuerte. Así ocurre cuando la Iglesia declara santos a algunos de sus hijos.

Ya para concluir habría que decir que el amor, en Juan, y el ministerio, en Pedro, se funden en el Señor. Él es las dos cosas al mismo tiempo y ha dado a la Iglesia vivirlas también en la unidad. El daño que se ha hecho a la Iglesia ha sido grande cuando se enfrentaban institución o carisma, por un lado, lo ministerial y, por otro, el amor. Adrienne supera esas disyuntivas que tanto han perjudicado y debilitado nuestro ser cristiano por dentro y por fuera. En el Señor se da la unidad de amor y ministerio y ha dado a la Iglesia vivirlas también en la unidad. La Iglesia vive de esa unidad que es Cristo mismo que se hace presente en ella, en la orilla y en la hostia. La Iglesia lo ve como Juan, por el amor, esencia de la fe, y se tira al agua, como Pedro, a su seguimiento y adoración.